

«Comunistas y punto». Una aportación al debate sobre la ortodoxia en el comunismo español, 1968-1989

“Communists and That’s It”. A Contribution to the Debate on Orthodoxy in Spanish Communism, 1968-1989

Víctor Peña González*

Universidad de Cádiz

<https://orcid.org/0000-0002-0092-9579>

victor.pena@uca.es

Mario Rosano Alloza

Universidad de Cádiz

<https://orcid.org/0000-0003-0993-3117>

mario.rosano@uca.es

Julio Pérez Serrano

Universidad de Cádiz

<https://orcid.org/0000-0001-7644-4255>

julio.perez@uca.es

Recibido: 26/09/2022; Revisado: 08/11/2022; Aceptado: 14/11/2022

Resumen

En los últimos años, el concepto de «ortodoxia» ha venido utilizándose en los estudios sobre comunismo para sustituir al de comunistas «prosoviéticos». Partiendo de una perspectiva híbrida, comparativa, procesual y anti-naturalista, en el presente artículo trataremos de demostrar que esta nueva denominación presenta serias limitaciones analíticas que, lejos de aportar una mayor claridad conceptual que permita catalogar y diferenciar mejor a unos comunistas de otros, genera nuevos problemas metodológicos para los historiadores del comunismo español.

Palabras clave: Comunismo, ortodoxia, prosoviéticos, cultura política, ideología.

*Autor de correspondencia / *Corresponding author.*

Abstract

In recent years, the concept of “orthodoxy” has been used in communist studies to replace that of “pro-Soviet” communists. Taking a stance that hybridizes comparative, processual and anti-naturalist perspectives, this article demonstrates that this new denomination presents serious analytical limitations that, far from providing greater conceptual clarity which might make for better cataloguing and easier differentiation between communist actors, actually generates new methodological problems for historians of Spanish communism.

Keywords: Communism, Orthodoxy, Pro-Soviets, Political Culture, Ideology.

1. INTRODUCCIÓN¹

Los estudios sobre el comunismo español han conocido en los últimos años un renovado interés en el espacio académico.² Al calor de la contestación política y social, la agitación del sistema de partidos, la crisis económica y el cuestionamiento de los paradigmas fundacionales de la (más reciente) democracia española, esta renovada atención historiográfica se ha visto dirigida hacia el período de la transición a la democracia. Para explicar el protagonismo de los comunistas en aquel período era necesario contextualizar los orígenes de su apogeo, por lo que a menudo estas investigaciones han iniciado su periplo en la etapa tardofranquista de la dictadura, e incluso antes.

Este impulso fue posible, entre otras razones, por la «normalización historiográfica» de los estudios sobre comunismo en España (BUENO y GÁLVEZ, 2005; GINARD, 2007) como objeto de estudio, lo cual permitió superar los sesgos que habían acompañado a menudo a este tipo de trabajos (ERICE, 2002). Poco después fueron gradualmente apareciendo trabajos con perspectivas sociales y culturales que, haciendo hincapié en el estudio de la militancia, ampliaron los marcos tradicionales de los estudios sobre comunismo. Los procesos de toma de conciencia, la memoria colectiva y la identidad se conformaron como nuevos objetos de investigación dentro de este campo de estudio. Pese a los trabajos pioneros en esta orientación (BUENO y GÁLVEZ, 2010), la preponderancia de la tradicional historia política y la aparición de la historia de los conceptos seguían arrinconando a la historia social y cultural del comunismo a un escenario secundario en España (ANDRADE, 2012: 243-248), a pesar de su tendencia ascendente. Desde entonces, el enfoque social y cultural ha ido paulatinamente hegemonizando la historiografía de los estudios sobre comunismo con importantes obras de referencia que no necesariamente se acotaban al marco cronológico de la Transición (TREGLIA, 2012; RUEDA, 2018; HERNÁNDEZ, 2015, 2018 y 2022; FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, 2020).

1 El presente artículo ha sido posible gracias a la financiación aportada por el proyecto “Del antifranquismo a la marginalidad: disidencias políticas y culturales en la Transición española a la democracia” (HAR2016-79134-R), financiado por el Programa Estatal de I+D+i, del Ministerio de Ciencia e Innovación. Este trabajo ha sido posible gracias a la financiación aportada por la Ayuda para la Formación del Profesorado Universitario (FPU19/01913).

2 Un estado de la cuestión más pormenorizado lo ofrece el reciente artículo de David GINARD (2021).

Las críticas que, desde 2011, comenzaron a quebrar el relato hegemónico de la Transición desde espacios sociales y políticos trascendieron a la esfera académica, no solo con las oportunas revisiones de los estudios sobre el cambio político, sino con el análisis del papel que el Partido Comunista de España (PCE) jugó en el proceso de democratización (RODRÍGUEZ, 2015; GONZÁLEZ DE ANDRÉS, 2017). A este respecto, también se reeditaron monografías clásicas críticas con el PCE, cuyo acceso se había convertido en una quimera por su escasa disponibilidad y sus desorbitados precios (MORÁN, 2017). El énfasis de las críticas hacia el partido que dirigiera Santiago Carrillo provocó también la aparición de trabajos que revisaban esa línea hipercrítica con el PCE (MOLINERO e YSÁS, 2017).

Este auge de los estudios sobre comunismo tuvo como correlato la expansión de las investigaciones sobre la izquierda revolucionaria o radical, cuyo papel fue reivindicado como una aportación importante para la transición a la democracia y para el debate político actual (PÉREZ, 2013 y 2015; WILHELMI, 2016). Esta reapertura de la extrema izquierda como objeto de investigación dio lugar a nuevas monografías (BORDETAS y SÁNCHEZ, 2019; FERNÁNDEZ RINCÓN, 2021; DÍAZ, 2021 y 2022) que permitieron ampliar el elenco de actores en la historiografía de los estudios sobre comunismo. La referencia a «los comunismos», atendiendo a la pluralidad de organizaciones y corrientes políticas que participaron en la lucha antifranquista y la conquista de la democracia en España, se ha hecho patente en los últimos compendios de historia del comunismo (ERICE, 2022).

El crecimiento progresivo que han experimentado en la última década, tanto en la dimensión cuantitativa como en la cualitativa, las investigaciones sobre los comunismos en España han posibilitado la apertura de nuevos objetos de estudio, enfoques y metodologías, que han venido a ampliar los límites y a diversificar las perspectivas de los estudios sobre el comunismo. La proliferación de trabajos, generalistas y monográficos, sobre todo tipo de organizaciones, experiencias y procesos ha producido también nuevos debates. El objetivo de este artículo pretende ser una aportación a uno de estos debates que ha suscitado a raíz de las recientes publicaciones sobre la corriente comunista prosoviética (ABAD 2019, 2022a y 2022b; PEÑA, 2018, 2020a y 2020b).

A partir de 1968, tras la condena del PCE a la intervención del Pacto de Varsovia en Checoslovaquia, comenzaron a surgir las primeras escisiones prosoviéticas del PCE. La primera de ellas, encabezada por Eduardo García, seguido poco después por Enrique Líster, tendría una existencia efímera y, tras su ruptura a comienzos de 1973 daría pie a dos partidos marginales: el Partido Comunista de España (VIII y IX Congresos) [PCE(VIII-IX)] y el Partido Comunista Obrero Español (PCOE). En torno a las mismas fechas aparecería una nueva disidencia en Canarias que se extendería al conjunto del país para dar forma al movimiento de Células Comunistas. También en 1973 surgía en el seno del PCE una corriente interna de oposición a la línea política de la dirección, la Oposición de Izquierda (OPI), que debido a las sanciones aplicadas por aquella daría el salto para convertirse en 1977 en el Partido Comunista de los Trabajadores (PCT). Junto a ellos, la crisis abierta en el PCE desde 1978 y, especialmente, a principios de los años ochenta, provocaría la aparición de toda una serie de colectivos de agrupación y reunificación de los

comunistas que tendrían por objetivo «recuperar» el partido comunista para sus bases. Paralelamente, el PCE(VIII-IX) y el PCT se fusionarían en 1980 en el Partido Comunista de España Unificado (PCEU), cuya unidad sería efímera y meramente testimonial. La ruptura del Partido Socialista Unificado de Cataluña (PSUC) en 1981-1982 produjo la salida de una parte de su militancia, que formaría ese último año el Partido de los Comunistas de Cataluña (PCC). Por último, la dinámica generada por este último y por el resto de las organizaciones (salvo el PCOE de Llíser) arrancarían del PCE al sector prosoviético que permanecía todavía en sus filas y que, de la mano de Ignacio Gallego, unificaría a toda la corriente en un nuevo partido comunista (PC o «pecepunto») que a partir de 1986 recibiría la denominación de Partido Comunista de los Pueblos de España (PCPE).

El calificativo de prosoviéticos no es nuevo. Ha sido una denominación empleada, casi siempre por sus críticos, para vilipendiar la escasa autonomía de las organizaciones comunistas vinculadas a la Tercera Internacional (ALBA, 1973; BOLLOTEN, 2015; ELORZA y BIZCARRONDO, 1999). Esta denominación fue hábilmente empleada por partidos, instituciones y gobiernos en favor de sus propios intereses y estuvo sesgada por la dinámica de bloques de la Guerra Fría. Esto no impidió que, tras el cisma sino-soviético y la aparición de los primeros partidos «antirrevisionistas» fuera de las fronteras de la República Popular de China, se utilizara amplia y abiertamente el término de «prochinos» para denominar a quienes rechazaban las posiciones ideológicas y el proceso de desestalinización impulsado por el Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) en tiempos de Jruschov. De igual manera, con la represión de la Primavera de Praga los cismas entre vías nacionales al socialismo y la influencia moscovita quebraron la unidad de los comunistas en varios países, como España y Grecia, mientras que en otros «partidos díscolos», como el italiano, el sector prosoviético consiguió permanecer dentro de la disciplina de partido.

Desde 1968, el término prosoviético, así como el término «prochino» antes, mantuvo su contenido partidista, pero ahora servía como categoría analítica para diferenciar entre los partidos comunistas que mantenían su autonomía y quienes priorizaban su fidelidad a Moscú, tanto en términos simbólicos como materiales. Si bien para el caso prochino esta definición fue desapareciendo en favor de «maoísta», una vez que el pensamiento de Mao quedó codificado como una doctrina separada del marxismo-leninismo soviético, para el caso que nos ocupa aquí no se planteó la necesidad de modificar el término, ya que hacía referencia a una adhesión ideológica y geopolítica que permanecía invariable.

Hasta hace poco la referencia al prosovietismo no había sido cuestionada, debido en parte a la escasez de trabajos específicos centrados en este objeto de estudio. Sin embargo, el auge de los estudios sobre el comunismo y sobre la izquierda radical ha provocado una reflexión sobre la idoneidad de los términos empleados para definir a esta corriente, lo que ha abierto un debate en el que se ha intentado justificar el uso de denominaciones alternativas. Se sitúa aquí, entre otras, la propuesta de abandonar la denominación empleada tradicionalmente en favor del concepto de «comunistas ortodoxos».

Las razones de este cambio conceptual se basarían en la supuesta

importancia de la identidad en el surgimiento de las escisiones comunistas que reivindicaban el modelo soviético. En el presente trabajo demostraremos que esta nueva denominación, lejos de aportar una mayor claridad conceptual que permita catalogar y diferenciar mejor a unos comunistas de otros, presenta serias limitaciones analíticas, al tiempo que genera nuevos problemas metodológicos para los historiadores del comunismo español.

2. METODOLOGÍA Y MARCO TEÓRICO

La naturaleza del objeto de estudio (partidos, agrupaciones y plataformas políticas) plantea una primera disyuntiva al historiador que se acerca a él por primera vez: practicar una historia política de dichas organizaciones o una historia cultural de tales fenómenos políticos. Esta última opción presenta, a nuestro entender, algunas limitaciones metodológicas. Por ejemplo, la necesidad de enfocar culturalmente no ya a las organizaciones, sino a las unidades (militantes) que las componen, obliga a abandonar una explicación holística de los procesos disidentes que se vivieron en el comunismo español *grosso modo* entre 1968 y 1983. La tentación de plantear estrictamente perspectivas «desde abajo» generaría, al mismo tiempo, un problema ontológico debido a las estructuras verticales de los «partidos de nuevo tipo» y a las dinámicas disciplinarias que en ellos se instituyeron (PALA, 2007: 301). En síntesis, consideramos que una aproximación esencialmente culturalista a nuestro objeto de investigación puede llevar a malinterpretar su naturaleza. Sin embargo, esto no significa que rechacemos lo que disciplinas como la antropología o los estudios culturales pueden aportar a un análisis histórico de las organizaciones comunistas.

La diversidad de actores dentro de este objeto de estudio, sus diferentes motivaciones, génesis y coyunturas de gestación, la proliferación de proyectos e ideas políticas semejantes pero no equivalentes,³ la existencia de experiencias paralelas en otros entornos (Italia, Grecia y, en otro orden, Portugal y Francia) y la referencia constante a la matriz «peceísta» hacen obligado para los autores asumir una perspectiva de historia política comparada y, como diría Jean-François Sirinelli, enriquecida a través de lo cultural (SIRINELLI, 1999: 460). Esta metodología nos permitirá identificar los rasgos comunes de la corriente, así como sus principales diferencias. El enfoque comparativo permitirá asimismo rastrear cuáles de entre los factores señalados asumirán un papel preponderante en cada una de las experiencias disidentes y definir el vector fundamental de su *raison d'être*, motivo este determinante a la hora de arrojar nuevas definiciones y clasificaciones para esta familia comunista.

Resulta igualmente necesario para nuestra labor actual dotarse, al menos sucintamente, de un marco teórico adecuado. Para ello nos centraremos en tres categorías analíticas cuya relación en el campo historiográfico ha sido compleja:

³ En algunos casos claramente contrapuestas, como puede cotejarse en las tesis políticas del PCT y del PCE(viii-ix) en su proceso de unificación. Archivo personal de Fernando Gómez Recio, *Hacia la Unidad. Boletín interno de discusión para la unidad de los comunistas*, 1, s/f [1979].

«cultura política», «identificación» e «ideología».

El acercamiento a los comunistas prosoviéticos a través del concepto de cultura política «permite caracterizar, conocer mejor y prever las reacciones de los miembros de un grupo político» debido a su contribución «a la conformación de la conducta política de los individuos» (CABRERA, 2010: 44). La cultura política ha sido usada tanto en la historia política como en la cultural, arrojando distintos significados y generando en consecuencia temas de investigación diferenciados (CABRERA, 2010: 19-20). Esta diversidad de significados ha llevado en ocasiones a que el concepto de cultura política haya sido empleado con ambigüedad o sin una necesaria conceptualización.⁴ Por ello, conviene precisar que a lo largo de nuestra exposición nos apoyaremos principalmente en la definición que Serge Berstein aporta para este término:

la culture politique telle qu'elle apparaît à l'historien est un système de représentations fondé sur une certaine vision du monde, sur une lecture signifiante, sinon exacte, du passé historique, sur le choix d'un système institutionnel et d'une société idéale, conformes aux modèles retenus, et qui s'exprime par un discours codé, des symboles, des rites qui l'évoquent sans qu'une autre médiation soit nécessaire. Mais ce système est porteur de normes et de valeurs positives pour celui qui adhère à cette culture, et constitue ainsi l'aune à laquelle il mesure la validité de toute action et de toute position politique (BERSTEIN, 1992: 71).

A partir de esta categorización conceptual, podemos establecer una clasificación taxonómica según la cual existe una cultura política comunista que abarca desde el movimiento autónomo hasta los movimientos más dogmáticos del maoísmo o del hoxhismo, pasando por una gama intermedia de corrientes que incluyen a actores tan diferentes entre sí como los consejistas, los trotskistas, los prosoviéticos o los eurocomunistas. Esta cultura política comunista en sentido amplio, basada en un sistema de representaciones que prima al marxismo como método de análisis y fija la idea de revolución como praxis política por excelencia, estaría dividida en cuatro subculturas que, al modo de los tipos ideales weberianos, designan patrones de práctica y creencia análogos pero diferentes entre sí. Dichas subculturas son las siguientes: la asamblearia, que está basada en la centralidad de la clase obrera como «sujeto colectivo», pero plasmada en la asamblea como «sujeto concreto»; la contestataria, cuyos rasgos principales son la iconoclastia, el antiburocratismo y el movimentismo; la fundamentalista o legitimista, que integra a corrientes y fuerzas que buscan ser la verdadera y auténtica plasmación del comunismo originario, interpretado como el del Partido Comunista (bolchevique) de la URSS, y, por último, la pragmática, representada por los partidos comunistas oficiales, es decir aquellos que, bajo la égida del PCUS y como integrantes del Movimiento Comunista Internacional, han intentado adaptarse siempre en mayor o menor medida a los condicionantes históricos para

⁴ Ronald FORMISANO ha denominado este uso como concepto «paraguas» (2001: 393-394). Más beligerantes han sido las reflexiones de Ismael SAZ al respecto (2008: 222).

avanzar hacia el socialismo en las condiciones políticas concretas de cada país.⁵

Además de señalar el origen o la motivación de la acción política, tanto nuestra propuesta taxonómica como la idea «bersteiniana» de cultura política en la que esta teoría está basada, también integran la cuestión de la identidad. Para este autor, las representaciones sociales que conforman una cultura política dada encarnan una serie de valores y normas que son capaces de generar cohesión, tanto exterior como interior, en el seno de los grupos políticos (CABRERA, 2010: 43-44).

Aunque esta idea es indudablemente cierta, el uso de la palabra «identidad» como categoría analítica puede generar muchos más problemas de los que resuelve si no se realiza el esfuerzo de especificar su contenido y sus dimensiones analíticas. Lo primero que cabe decir al respecto es que este término ha sido criticado por su excesiva ambigüedad. Como dicen Roger Brubaker y Frederik Cooper, «identidad» tiende a significar demasiado cuando se entiende en un sentido fuerte y a significar demasiado poco cuando se entiende en un sentido débil (BRUBAKER y COOPER, 2000: 1). Las definiciones fuertes serían aquellas que enfatizan la homogeneidad absoluta y la sustancialidad de los fenómenos identitarios. Las definiciones débiles, por el contrario, aludirían a la multiplicidad, inestabilidad y contingencia de estos (BRUBAKER y COOPER, 2000: 11). Por la parte que nos toca, debemos señalar que ninguna de estas dos versiones del concepto parece resultar adecuada para abordar el objeto de estudio. Mientras que un análisis sustentado en una definición demasiado dura del concepto de identidad reduciría el fenómeno del prosovietismo a una mera cuestión de esencialismo simbólico, un análisis blando desdibujaría los rasgos comunes a este conjunto de organizaciones comunistas.

Esta circunstancia nos impulsa a buscar una alternativa conceptual capaz de dar cuenta de la multiplicidad de factores causales que generaron las escisiones prosoviéticas en el campo del comunismo español.⁶ A lo largo de este trabajo hemos optado por acudir al término de «identificación», que en cuanto sustantivo activo plantea un distanciamiento de la ontologización o reificación de los objetos de estudio al tiempo que conserva la capacidad de percibir su consistencia.⁷ «Identificación», por tanto, implica procesos activos que conducen a la formación de identidades, permitiéndonos reparar en cómo las organizaciones prosoviéticas operaron con ese tipo de representaciones en las arenas políticas concretas para conseguir ciertos fines.⁸ En otras palabras, pensamos que para estudiar

5 Véase el minutaje 19:27- 26:23 de la intervención de Julio Pérez Serrano en el *Seminario de Historia Actual 2020-2021*: «El comunismo en España: Historia, memoria y culturas políticas», celebrado virtualmente el 11 de noviembre de 2020. Disponible en: <<https://www.youtube.com/watch?v=kZE9YmT7Vtg&t=1573s>> [Consultado el 12/08/2022].

6 Entre ellos podemos hablar de la divergencia de acuerdo a la línea política del PCE, la escasa flexibilidad de las estructuras organizativas comunistas para adaptarse al nuevo hábitat democrático, el fracaso de las expectativas puestas en el cambio político, la pugna por el control de la organización (jalonada por la influencia de agentes internacionales), la crítica a la gestión y métodos organizativos de la dirección del partido, así como un reconocimiento de símbolos y valores que identificaban tradicionalmente al militante comunista.

7 Entrevista de Mario Rosano Alloza con Ángel Díaz de Rada, videoconferencia, 22-12-20.

8 Otra de los beneficios de este enfoque es que posibilita separar limpiamente este uso de otros

adecuadamente la cuestión de las identidades en el prosovietismo español hay que «disolverlas» en las identificaciones situacionales asentadas en las tendencias sociales, históricas, políticas y culturales de corta, media y larga duración (DÍAZ DE RADA, 2019: 93).

El concepto de ideología es también, como el de cultura política y el de identidad, una de esas herramientas teóricas cuya densidad semántica es al mismo tiempo una ventaja y un inconveniente para los analistas que desean aplicarlo a sus investigaciones. Como ha señalado Juan Andrade, el término puede ser usado con provecho abstrayendo varios aspectos más o menos comunes a la mayoría de sus definiciones, a saber: su triple condición de conjunto de ideas que alienta la acción política, de ámbito en el que se dirimen a nivel simbólico los conflictos y de creador de signos, significantes y representaciones sociales (ANDRADE, 2012: 45). Esta caracterización terminológica nos permitirá asomarnos a problemas tan relevantes para nuestro propósito argumental (recordemos, demostrar que el concepto de ortodoxia es inadecuado para calificar a los comunistas prosoviéticos) como el de la fundamentación de la doctrina prosoviética o el de la conformación de una supuesta identidad inquebrantable en la corriente política que pretendemos analizar.

Por último, en la medida en que creemos que es imposible analizar a una organización únicamente por lo que ella dice de sí misma (SALA y DURÁN, 1974), reivindicamos la necesidad de imprimir a este trabajo, y al estudio del comunismo en general, un enfoque «etic» basado en un aparato crítico de herramientas heurísticas que faciliten el establecimiento de nuevas hipótesis de investigación al margen de las clasificaciones que operan en los entornos «emic».⁹ Esto no quiere decir que nuestro discurso científico no se haya visto influido, a veces de manera muy profunda, por las acciones (parte de ellas igualmente descriptivas, explicativas o interpretativas) de quienes conforman nuestro campo de estudio (DÍAZ DE RADA, 2012: 75), pero como señala Ángel Díaz de Rada, «[p]uede suceder, y de hecho en cierto modo debe suceder, que las descripciones, modelos o teorías de los científicos sociales, expresadas desde su perspectiva *etic*, refuten a las visiones conscientes del mundo que sostienen los agentes sociales» (DÍAZ DE RADA, 2012: 66).

3. LA ORTODOXIA EN LOS COMUNISTAS PROSOVIÉTICOS

Para tratar la cuestión de la ortodoxia comunista necesitamos primero definir qué entendemos por ese concepto. Para Lukács, el marxismo ortodoxo debía

empleos comúnmente asociados al concepto más amplio de identidad, como podrían ser el de «autocomprensión» o el de «grupalidad» (BRUBAKER y COOPER, 2000: 14-21).

⁹ El par conceptual «etic/emic» hace referencia a la distinción entre el plano de la descripción y el plano de la práctica. Simplificando mucho, «etic» es un concepto utilizado para designar la perspectiva adoptada por el investigador cuando se sitúa en un punto de vista que no es el del objeto de estudio a la hora de describir un hecho social. Por su parte, «emic» designaría la perspectiva contraria, es decir la del investigador cuando sí se sitúa en dicho punto de vista (BUENO, 2004: 256).

hacer referencia fundamentalmente al método de análisis y conocimiento de la realidad, es decir, a la dialéctica materialista, rechazando cualquier dogmatización del pensamiento marxiano (SACRISTÁN, 1972). En términos similares se manifestó también Antonio Gramsci, rechazando que el término se aplicase a tal o cual corriente política concreta (GRAMSCI, 1981: 147-148). Sin embargo, para la cuestión que nos atañe, esto es, aclarar en qué medida los comunistas prosoviéticos pueden ser considerados ortodoxos, debemos problematizar el término en su aplicación original. En un principio, el término de ortodoxia hizo referencia a la dogmatización de la doctrina cristiana, en contraposición a aquellas ideas o creencias que se desviaban del dogma, esto es, las heterodoxias. Algunos autores como Hans-Georg Beck han planteado que de esta idea de ortodoxia puede separarse la «ortodoxia política», entendida esta última como concepción teológica del poder político de un Estado (BECK, 1981: 117-147) que requería de unas élites depositarias de un discurso ideológico unificador (ANGOLD, 1995: 50-54).¹⁰ Estas características de la «ortodoxia política» se cumplirían en el caso de la URSS y su relación con el movimiento comunista internacional, pero en un sentido tan genérico que sería aplicable también a la República Popular China o a la Albania socialista con sus respectivas esferas de influencia.

Situándola en nuestro campo de estudio, la primera acepción de ortodoxia haría referencia a las ideas que conforman el cuerpo doctrinal del marxismo-leninismo, del cual se derivan ciertos ritos, prácticas y representaciones. Esta doctrina fue codificada en torno a las coordenadas concretas del periodo estaliniano, sirviendo de modelo para los comunistas agrupados en torno al Comintern (BARÓ I QUERALT, 2019; PÉREZ, 2021: 198). La ortodoxia marxista-leninista se quebró tras la muerte de Stalin, dando lugar a una pugna por su memoria y por sus aportaciones doctrinales que fue personificada en la ruptura sino-soviética. De esta manera, mientras Jruschov intentaba adaptar el marxismo-leninismo a las nuevas condiciones de posguerra (AFANÁSIEV, 1975: 47), Mao criticaba estos cambios como un «revisiónismo» injusto (BARÓ I QUERALT, 2020). Ambos lucharían por proyectar su imagen de continuadores o defensores de la doctrina marxista-leninista, en orden de aglutinar el mayor número de seguidores para su propio proyecto político. Lo cierto es que ambas líneas, china y soviética, introdujeron innovaciones doctrinales de acuerdo a sus necesidades e intereses, razón por la cual resulta tan problemático esclarecer la cuestión (MINGJIANG, 2012: 12-20); sin embargo, para un buen número de comunistas de todo el planeta, las tesis de la coexistencia pacífica y el consiguiente abandono de la lucha armada para combatir la amenaza imperialista suponían una claudicación y un abandono del marxismo-leninismo, que Mao y su partido plasmaron hábilmente en la *Proposición Acerca de la Línea General del Movimiento Comunista Internacional*, también conocida como «Carta de los 25 puntos», hecha pública el 14 junio de 1963 (PÉREZ, 2021: 204).

Entre las manifestaciones más antiguas que de este debate se dieron en España, los partidarios de las tesis chinas abogaban a mediados de los sesenta por

¹⁰ Simplificamos aquí el debate sobre el concepto de ortodoxia, que ha tenido un amplio recorrido entre perspectivas orientalistas y lecturas sobre la conformación de subculturas en torno al canon político-religioso (CAMERON y HOYLAND, 2011; CAMERON, 2014).

recuperar «la heroica tradición de lucha de nuestro Partido, fieles a los principios del marxismo-leninismo y luchando por los verdaderos intereses del pueblo español» y por mantener la unidad del movimiento comunista internacional en torno a tales principios.¹¹ Precisamente Lorenzo Peña, uno de los fundadores de la primera escisión prochina del comunismo español,¹² aborda esta cuestión en sus memorias: «Tratábase, pues, de reivindicar una ortodoxia [...], que era el marxismo-leninismo, no en cualquier interpretación posible, sino en la universalmente compartida por el MCI hasta 1956. [...] Nos remitíamos a una codificación de la doctrina ortodoxa conforme con la tradición común hasta el momento del viraje [de Jruschov]» (PEÑA y GONZALO, 2011: 190).

Estas referencias integristas al marxismo-leninismo en tanto que dogma entran en conflicto con las realizadas por los seguidores de Jruschov. El seguidismo de la postura jruschoviana tuvo en España su plasmación en la política de Reconciliación Nacional del PCE. Unos años más tarde, Santiago Carrillo, artífice de la propuesta, reconocería haber «“violado” un tanto los esquemas marxistas-leninistas al lanzar nuestra política de reconciliación nacional» (CARRILLO, 1975: 25), lo que suponía un reconocimiento implícito de que las innovaciones realizadas en el XX Congreso del PCUS (y su correlato hispano) no se ajustaban a la ortodoxia del marxismo-leninismo.¹³

Más allá de los cambios realizados en la doctrina, desde su codificación hasta el final del «siglo soviético», por emplear la expresión de Moshe Lewin (LEWIN, 2017), todo marxista revolucionario aspiró a auto-referenciar la centralidad de su posición política de acuerdo con los principios comunistas. De esta manera, encontramos relatos de familias ajenas a la tradición cominteriana o que rompieron con esta, donde el espíritu del comunismo aparece traicionado o deformado por la codificación marxista-leninista y sus consecuencias (BROUÉ, 2008; PAGÉS, 2021). Podríamos decir que la vinculación de la posición propia del comunista y la ortodoxia es un fenómeno universal. Este fenómeno sería una dificultad metodológica añadida para identificar a una serie de actores comunistas como ortodoxos, planteando como «nexo común [...] la importancia de la autopercepción clásica de la identidad comunista» (ABAD, 2022: 28).

Por ello aducimos que el nexo común de todas las organizaciones reseñadas

11 Archivo Histórico del Partido Comunista de España (en adelante AHPCE), Fondo de Publicaciones Periódicas (en lo sucesivo FPP), 243/13, *Mundo Obrero Revolucionario. Órgano del Partido Comunista de España*, 1, marzo de 1964.

12 Nos referimos al Partido Comunista de España (marxista-leninista). Esta organización fue creada en 1964 a través de la fusión de varios grupos críticos con la política «revisionista» del PCE. Hasta principios de la década de 1970 adoptó el marxismo-leninismo-pensamiento Mao Zedong como ideología oficial, considerándose al mismo tiempo sucesora del PCE de José Díaz. A partir de entonces, se alinearía a favor de Enver Hoxha y el Partido del Trabajo de Albania en su polémica con la República Popular de China. En su segundo Congreso, celebrado en junio de 1977, el partido pasó a considerarse marxista-leninista-estalinista (TERRÉS, 2007).

13 A su vez, esa declaración representa un problema político de trasfondo dadas las circunstancias de 1975, a saber, la necesidad de distanciarse simbólicamente de la Unión Soviética a través, en este caso, de un distanciamiento de la doctrina marxista-leninista. Esta tendencia culminará con el abandono del leninismo en el IX Congreso del PCE (1978). Esto es lo que Juan Andrade denomina como «ideología racionalizadora» (ANDRADE, 2012: 117-127).

objeto de nuestra investigación no es la identidad clásica del comunismo, sino su relación con la Unión Soviética y el campo socialista o, como ya hemos dicho, su «ortodoxia política», que convencionalmente se ha venido a llamar prosovietismo. Incluso en las organizaciones más heterodoxas de esta corriente prosoviética, donde el grado de fidelidad a la URSS era meramente instrumental, este factor aparece más claramente definido en sus procesos de identificación que en las representaciones simbólicas de la tradición comunista, dado que su crítica hacia el PCE era fundamentalmente política (PEÑA, 2018 y 2020: 60; TUYA, 1977: 169-180).¹⁴ Esta conexión con el campo socialista adquiere un grado mayor si tenemos en cuenta la influencia que países como Checoslovaquia tuvieron en el desarrollo de organizaciones como el PCT.¹⁵

El factor prosoviético como nexo común de esta corriente es más claro todavía en los casos del PCE (VIII-IX) y del PCOE, tanto por el contenido de sus tesis políticas como por las trayectorias de sus dirigentes. En el primer caso, el PCE (VIII-IX) llegaba a plantear que «la contradicción fundamental en nuestra época es la que existe entre el sistema socialista y el capitalista»,¹⁶ colocando al país de los soviets como elemento central de la estrategia de la revolución socialista al considerar que «en ese gran país que es hoy la URSS se condensan de una manera magistral las leyes generales y particulares de la revolución [...] Por eso también la Unión Soviética es, objetivamente, la vanguardia de la revolución socialista mundial».¹⁷ Para el PCOE, la URSS actuaría como un factor de desarrollo de la acción revolucionaria de la clase obrera internacional, pero acorde con las tesis soviéticas el PCUS no sería ya el partido-guía del movimiento comunista internacional¹⁸. Por otra parte, las trayectorias tanto de Eduardo García como de Enrique Lister al servicio de las instituciones soviéticas han llegado a sugerir su actuación como «agentes dobles» (SEMPRÚN, 1995: 182-183; MORÁN, 2017: 667 y 803; HERNÁNDEZ, 2015: 82 y 255). En el caso de Eduardo García, esta exaltación de su relación con la Unión Soviética quedaba por encima de cualquier adhesión simbólica: «Aunque sea poco científico, aunque sea poco dialéctico, y esa posición mía poco crítica, pero no me importa decirlo, yo tengo en la Unión Soviética toda la confianza».¹⁹

El caso de las Células Comunistas es similar, si bien toma una mayor distancia

14 Cf. Entrevista de Víctor Peña con Carlos Delgado González, Madrid, 14-03-2017 y 4-06-2017.

15 Testimonio de Juan Torres recogido por Eduardo ABAD (2022: 227). Entrevista de Víctor Peña con Carlos Delgado González, Madrid, 14-03-2017 y 4-06-2017. La influencia checoslovaca en la evolución del PCT se dio no solo a través de instrucciones y consejos, sino de financiación. Entrevista de Víctor Peña con Juan Bureo, telefónica, 19-03-2017. Estas relaciones se llevaron a cabo también con países como Bulgaria, República Democrática Alemana y la URSS (LIDÓN, 2007).

16 Archivo Histórico de Comisiones Obreras de Andalucía (en adelante AHCO-A), Fondo de Prensa Clandestina (en adelante FPC), F426, *Programa del Partido Comunista de España: aprobado por su IX Congreso*, noviembre de 1973, 8.

17 «Fragmentos del informe del Comité Central presentado al X Congreso por el Camarada Eduardo García», *Mundo Obrero. Órgano central del Partido Comunista de España*, 109, enero de 1978.

18 AHCO-A, FPC, AH1260.8.1, *Posición del Partido Comunista Obrero Español ante algunos problemas actuales del movimiento comunista internacional*, enero de 1974.

19 AHPCE, Fondo de Órganos de Dirección (en adelante FOD), Comité Ejecutivo, Pleno de marzo-abril de 1964, 10ª sesión (1 de abril), 5.

respecto a las relaciones materiales con la URSS (PEÑA, 2020b). En cuanto al PCC y al PC-PCPE, su vinculación con la URSS no solo parte del reconocimiento oficial del PCUS y el resto de los partidos comunistas gobernantes, sino del apoyo en materia de política internacional a los intereses soviéticos, así como la financiación y soporte material que aquellos partidos recibieron de los países socialistas (ANDREW y MITROKHIN, 1999: 391-395; STEPANKOW, 1992: 299-327; RIVA, 2002: 774 y 858).²⁰

Todo lo hasta aquí tratado parece apoyar la afirmación de que el elemento central de todas las organizaciones analizadas es la «ortodoxia política», es decir, el prosovietismo. Sin embargo, no podemos decir lo mismo en cuanto a la ortodoxia doctrinal. A pesar de las diferencias entre los comunistas prosoviéticos, todos parten de un presupuesto común, a saber: la actualización jruschoviana del dogma asimilada durante la etapa Brezhnev (KUUSINEN, 1964). En este sentido, las únicas referencias al período estaliniano o cominteriano se producen siempre en semblanza del liderazgo de José Díaz y del papel del PCE en la guerra civil, de una manera similar a como lo hizo el PCE hasta mediada la década de 1960 (RUEDA, 2018: 73-75). Por otra parte, las únicas referencias positivas hacia Stalin fueron realizadas por el PCOE, siempre en recuerdo de la figura personal del dirigente y su vinculación lógica al país de los soviets. Sus aportaciones ideológicas solo fueron defendidas por el PCOE de manera genérica y a partir de los preceptos instalados por Jruschov, asumiendo su denuncia en el «informe secreto» del XX Congreso del PCUS (1956).²¹ En ningún caso las organizaciones prosoviéticas manifestaron influencias doctrinales concretas del período estaliniano, pero sí aceptaron las denuncias jruschovianas al respecto, llegando la época de Stalin a ser calificada por uno de los portavoces del PCT como la «historia negra» del movimiento comunista internacional (FABREGAT, 1978: 162). Esto no excluye que dentro de estas organizaciones existieran sensibilidades de todo tipo que incluyeran también a seguidores de las aportaciones doctrinales de Stalin, pero la exigua muestra y documentación al respecto nos impide indagar más allá.

Estas sensibilidades sí pueden ser rastreadas en otras manifestaciones del fenómeno estudiado. En el seno del Partido Comunista Italiano (PCI) existía una importante corriente prosoviética encabezada por Armando Cossutta, quien podía ser considerado el número dos del partido hasta 1975. Dentro de ella podemos distinguir al menos dos sensibilidades: por un lado, la representada por el propio Cossutta, considerada como «centrista» dentro del PCI, cuyos mayores desacuerdos con la línea de Berlinguer se dieron en política internacional (aunque también hubo desacuerdos en aspectos del compromiso histórico) (FIORI, 2004: 400-410; VALENTINI, 2014: 236-239); por otro lado, la de la «vieja guardia», que aceptaba el corpus doctrinal de la etapa estaliniana, especialmente en lo referido a la vía insurreccional y la lucha armada. Estos últimos comunistas

20 Cf. con las entrevistas realizadas por Víctor Peña a Luis Cabo (Madrid, 4-05-2017), Manuel Monereo (Madrid, 18-07-2017), Carmen Morente y Roque Hidalgo (Granada, 15-01-2019).

21 Para la vinculación de Stalin y la URSS en la reclamación del PCOE, «Stalin y España», *Unidad y Lucha*, 21, enero de 1980. La aceptación de la herencia estalinista y su denuncia por Jruschov en «Recurso a Stalin», *Unidad y Lucha*, 16, marzo de 1979.

estarían representados en el período que analizamos por Arturo Colombi, tras la defenestración en los años cincuenta de Pietro Secchia. Este análisis comparado apoyaría todavía más la tipificación del factor de fidelidad a Moscú como el nexo común de los comunistas prosoviéticos, actuando como aglutinante fundamental en la identificación del actor colectivo (COSSUTTA, 1982: 7).

4. LA CULTURA POLÍTICA EN EL COMUNISMO PROSOVIÉTICO

Un elemento fundamental a la hora de catalogar correctamente a los comunistas prosoviéticos nos lo proporciona el análisis de sus culturas políticas. En primer lugar, podríamos decir que la cultura política de las organizaciones prosoviéticas no se diferencia esencialmente de la cultura política del Partido Comunista de España. Por expresarlo en términos filosóficos, esta cultura común a ambos espectros políticos constituiría una suerte de «género» en la medida en que los dos compartieron lenguajes, códigos y símbolos comunes; una atención particular a la memoria; «o la interiorización de unas pautas y valores ligados con el compromiso (fe ideológica, aceptación de la línea política, disciplina, abnegación o sometimiento al principio de autoridad)» (RUEDA, 2018: 69). Sin embargo, la pluralidad de contextos en los que surgieron las múltiples organizaciones analizadas, la diversidad sociológica de su base militante, el proceso mismo de ingreso en el partido (ya sea el PCE o directamente la experiencia disidente), su localización geográfica y su adaptación al medio sugiere una variedad tal que, a priori, parece verosímil plantear que aquel género alberga en su interior un determinado número de subculturas políticas que constituyen «especies» en sí mismas.²²

Esta distinción taxonómica sugiere por qué el concepto de «cultura política ortodoxa» no puede dar cuenta de la complejidad cultural presente en el mundo de las organizaciones comunistas en general y prosoviéticas en particular: en la medida en que la conceptualización de esta cultura está basada en su singularidad con respecto a otras culturas políticas comunistas (ABAD, 2022: 51), ni es capaz de atisbar de manera adecuada las similitudes culturales entre una parte del prosovietismo y algunos miembros del PCE²³, ni tampoco de otorgar relieve a las diferencias, en ocasiones rayanas en la confrontación, existentes en el seno mismo de las organizaciones prosoviéticas.²⁴ Tanto en estas últimas como en el PCE-

22 En un sentido todavía más general, podríamos quizás hablar también de «familias» como categoría taxonómica más amplia. La idea expuesta en nuestro marco teórico puede redondearse entendiendo que el comunismo (familia) está compuesto por varias subculturas políticas [pragmática, fundamentalista, contestataria y asamblearia] (géneros) que integran a su vez en su interior a diferentes corrientes políticas (especies).

23 Nos referimos tanto a los que, como Ignacio Gallego, Josep Serradell e incluso Jaime Ballesteros, mantuvieron la disciplina y unidad del partido hasta que esta fue dinamitada *de facto* como a los que, como Dolores Ibárruri o Francisco Romero Marín, permanecieron en el PCE incluso después de la catástrofe. También Santiago Carrillo participaría de gran parte de las características de este patrón cultural común.

24 Aunque la «heterogeneidad interna» sea señalada por Eduardo Abad a lo largo de su trabajo,

PSUC, esta dinámica de oposición cultural se dio por la incorporación masiva de activos no procedentes de la clase obrera, desgajados del mito revolucionario de la guerra civil y forjados en su toma de conciencia política por el combate contra la dictadura (HERNÁNDEZ, 2022: 288-291). En el PCE-PSUC, estas divergencias se plasmaron en la contestación «eurorrenovadora» a la dirección de Santiago Carrillo, cuyos pormenores no nos ocupa desarrollar aquí.²⁵ En la corriente prosoviética, podemos comprobar estas diferencias culturales atendiendo, por un lado, a la OPI-PCT y las Células Comunistas, y al resto de organizaciones por otro.

La OPI y las Células surgieron, como veremos más adelante, fruto de discrepancias internas. En el caso de Células, el detonante de la disidencia fue el conflicto abierto entre militantes jóvenes y veteranos en la aplicación de la línea política y en la vida de partido que, unido a otros factores (la caída de Sardina del Norte en 1968, el distanciamiento del PCE respecto a la URSS y las aportaciones de José Satué) terminó por generar una nueva organización informal compuesta fundamentalmente por abogados, estudiantes y profesionales (PEÑA, 2020b). En el caso de la OPI, la presencia inicial de estudiantes, abogados y trabajadores de artes gráficas compuso una joven militancia cuya crítica fundamental a la dirección del PCE fue política. En ambos casos, el contraste generacional con las primeras organizaciones prosoviéticas (de García y Líster) era notorio.²⁶ Mientras que la tutela de veteranos en el momento inicial de Células fue decisiva para transmitir a esta disidencia un cierto ethos tradicional, este elemento tuvo un peso mucho menor en la OPI-PCT.²⁷ Decisivo en este déficit fue la ausencia prácticamente total de cuadros políticos intermedios, engranaje determinante de la educación militante en la cultura política comunista. Esto provocaba que, en el caso de OPI-PCT, las representaciones simbólicas de la tradición comunista fueran menores que en las de otras organizaciones prosoviéticas como el PCE (VIII-IX) (ABAD, 2022: 247-251).

En la OPI-PCT, las formas de aplicar el centralismo democrático fueron más laxas que en cualquier otro grupo prosoviético, a excepción del caso de Células. En este último, el principio de organización era entendido de una forma diametralmente opuesta a como se había venido aplicando en el movimiento comunista internacional desde hacía cuatro décadas, llegando a considerar la

pensamos que este postulado contradice al planteamiento general de su tesis, a saber: que la disidencia ortodoxa está basada en la identidad. Como señalábamos más arriba, si el término de identidad es usado en sentido fuerte, la hipótesis de la heterogeneidad interna contradiría a la tesis más general (pues vendría a decir algo así como que la disidencia ortodoxa es al mismo tiempo igual y diferente entre sí a lo largo del tiempo); por el contrario, si se utiliza en sentido blando o constructivista (como parece ser el caso), la tesis en cuestión adolecería gravemente de valor heurístico (ya que se plantearía que la disidencia prosoviética orbita en torno a una identidad que no existe).

25 El lector interesado puede acudir a VEGA y ERROTETA (1982) o AZCÁRATE (1982).

26 Si bien los militantes veteranos tuvieron un protagonismo determinante a la hora de iniciar la disidencia grancanaria, pasaron a un segundo plano tras el fin del colectivo Brújula.

27 Esto puede contrastarse en las opiniones de su máximo dirigente al considerar que el partido «le importaba un pito»: «la organización es un medio para un fin [...] eso de que el centralismo democrático es un principio fundamental sin el cual no... eso me pareció siempre una “soplapollez”». Entrevista de Víctor Peña con Carlos Delgado González, Madrid, 14-03-2017.

necesidad de la existencia de tendencias (MILLARES, 1994: 273-275).²⁸ La discordancia con la cultura política comunista tradicional se extendía en Células, en términos generales, a toda su acción política, como se desprende del testimonio de uno de sus militantes: «Fernando [Sagaset] y muchos de los que estábamos con Fernando éramos «horizontalistas», no éramos «verticalistas». Por lo tanto, en un partido comunista jamás podíamos tener predicamento, tener influencia, o poder desarrollar nuestra actividad política como creíamos. Éramos horizontal [sic].²⁹ Esta condición provocará, de hecho, tensiones cuando se forme el PC-PCPE y el grupo canario de Células se integre en una cultura política ajena a la suya. Algo parecido les ocurriría a los miembros del PCT al fusionarse con el PCE (VIII-IX). El choque entre diferentes culturas políticas hizo del PCEU un experimento fracasado desde el principio, que se reveló claramente en las respuestas dadas al golpe del 23-F.³⁰ También esta diferenciación entre culturas políticas debe ser tenida en cuenta a la hora de valorar la desaparición de Tuya y sus principales seguidores de los procesos de unificación comunista en el verano de 1983.

Atendiendo a todos estos rasgos culturales o cultural-políticos, es posible clasificar a cada una de estas fuerzas según la tipología de subculturas políticas comunistas a la que hemos hecho referencia más arriba. De acuerdo con la misma, aunque todas las fuerzas analizadas podrían ser caracterizadas como pragmáticas por su constante búsqueda del amparo de Moscú y por su voluntad de llegar a constituir lo que podríamos entender (con muchas comillas) como «sección española» del MCI, grupos como el PCOE serían pragmático-fundamentalistas y la OPI-PCT y las CC pragmático-contestatarias. Más complejo sería el caso del PCPE, entre cuyas filas hay numerosas sensibilidades. Si nos fijásemos en su acervo cultural «oficial», este grupo podría ser catalogado simplemente como pragmático, ya que muchas de sus cabezas visibles, empezando por el secretario general, eran personalidades que durante muchos años conformaron el núcleo duro del carrillismo, fenómeno político cuyo componente pragmático ha sido tradicionalmente una veta inagotable para sus críticos y sus analistas.

5. IDEOLOGÍA Y PROCESOS DE IDENTIFICACIÓN

En un universo como el del comunismo, en el que las categorías identitarias son atribuidas o denegadas a conveniencia entre los partidos en el seno de las controversias doctrinales (WILLIAMS, 2000: 78), es importante tener en cuenta los procesos de adscripción y auto-adscripción ideológica que operan en los entornos «emic». No decimos esto porque dichos procesos muestren de una manera directa y transparente «las ideologías» de cada una de las fuerzas que entran en liza en un contexto espacio-temporal concreto, sino por todo lo contrario: lo interesante

28 Cf. AHPCE, FPP, 37/6, *Brújula. Hoja de orientación y formación de los comunistas canarios*, 12, mayo de 1972.

29 Entrevista de Víctor Peña con Sergio Millares Cantero, Las Palmas de Gran Canaria, 1-10-2019.

30 Entrevista de Víctor Peña con Carlos Delgado González, Madrid, 14-03-2017. Cf. *Mundo Obrero y Comunista*. Órgano central del Partido Comunista de España Unificado, 7, mayo de 1981.

a este respecto es llegar a saber en qué sentido los agentes políticos ponen en funcionamiento las etiquetas ideológico-identitarias a la hora de generar lealtades, sembrar enemistades o librar sus batallas políticas. Para abordar esta cuestión, creemos que la visión de la ideología como función deformadora de la praxis (RICOEUR, 1974) resulta de mucha utilidad. La atención a esta acepción de la ideología puede contribuir a discernir las causas primarias o fundamentales que originaron o precipitaron determinados procesos disidentes.

En el caso de la primera experiencia escisionista (Eduardo García y Agustín Gómez, en torno a 1968-1969) el relato de la «desviación antisoviética» de la dirección del PCE servía para encubrir la crisis del movimiento comunista internacional en el tema concreto de las relaciones PCUS-PCE (CLAUDÍN, 1970). Otro tanto podría decirse de la última experiencia escisionista, la del PC-PCPE. Si bien el «caso Líster» comparte buena parte de los fundamentos de la disidencia de García y Gómez, incorporó nuevos elementos: por una parte, se planteó como una enmienda a la totalidad de la figura de Santiago Carrillo; por otra, a juzgar por la documentación disponible,³¹ es probable que los estímulos soviéticos sirvieran al viejo general para lanzarse a una guerra relámpago para hacerse con la dirección del PCE. Así pues, detrás de la «traición de la camarilla carrillista» encontraríamos la lucha por el liderazgo en el seno del partido, la cual se remontaba a la década de 1940 (PRESTON, 2015: 115-116).

Tanto en el caso de OPI como en el de Células, en mayor o menor grado, los desafíos a la línea política plasmarían un problema más profundo: el choque entre las diferentes culturas militantes habidas en el seno del PCE y la problemática articulación de estas en el crecimiento acelerado y desigual del partido. Por último, la disidencia catalana se inició con el combate (más de palabra que de hecho) a propósito del eurocomunismo en el seno del PSUC, si bien este desafío pronto derivó en una censura de los órganos de dirección afines a la dirección del PCE; el desarrollo de los acontecimientos en 1981 y principios de 1982 dio lugar al PCC bajo el discurso democratizador y de cumplimiento de los estatutos. Todo el conflicto que terminó dando lugar al PCC se debió a las tensas relaciones PCE-PSUC que, ya desde el IV Congreso de los catalanes (1977) habían generado los primeros vaivenes.

En todas las génesis de las organizaciones prosoviéticas se dio, con mayor o menor intensidad, una deformación de la acción sociopolítica. Sin duda, esta forma de ideología sirvió para producir diferentes percepciones en la base militante que experimentó tales procesos. Este recurso mistificador de los conflictos reales era tomado por los dirigentes de los grupos en liza para obtener una mayor cohesión y el apoyo de estas bases. Pero también produjeron usos situacionales de los procesos de identificación. Por ejemplo, en el caso de los militantes del PCC, su afinidad con la política exterior soviética y su más que probable conexión con miembros del PCUS los llevó a ser identificados *relacionalmente* como «afganos». Los propios militantes catalanes rechazaron tales apelativos, identificándose de manera *categórica* como «comunistas y punto» en contraposición a los

³¹ Toda la documentación del «caso Líster» puede ser consultada en el Fondo Divergencias del AHPCE.

eurocomunistas del PCE-PSUC.

Es importante señalar que la auto-identificación se realiza en un proceso dialéctico con la identificación externa, sin obligar al sujeto a llegar a una identificación común (BRUBAKER y COOPER, 2001: 19). Esto ha llevado a algunos autores a plantear que en tal dialéctica se dan identificaciones subjetivas y objetivas (BERGER: 163-164). No es ese nuestro caso, ya que identificaciones como «afgano» o «prosoviético» hacen usos situacionales de diferentes contextos; no son fruto, por tanto, de un acercamiento objetivo a sus causas, naturaleza y proyectos y no pueden, en consecuencia, revelar por sí mismos la complejidad de los actores tratados en este trabajo. Sin embargo, de un modo similar a como ocurrió en el caso de la identificación eurocomunista, la popularización del término prosoviético ha permitido sedimentar esta categorización y, atendiendo a lo ya señalado, se ajusta mejor que cualquier otro término planteado seriamente hasta ahora a nuestro objeto de estudio.

6. CONCLUSIONES

Las páginas que anteceden ofrecen una serie de razonamientos que, desde de una perspectiva híbrida, comparativa, procesual y anti-naturalista,³² demuestran que el concepto de «ortodoxia» es problemático y limitado cuando se trata de aplicarlo al estudio de cierto tipo de comunistas. En las siguientes líneas ofreceremos un panorama a vista de pájaro de sus principales problemas, de cara a sintetizar lo máximo posible las líneas maestras de nuestra argumentación.

El concepto de ortodoxia nace, como hemos señalado, con la finalidad de sustituir al término de prosovietismo. Si bien somos conscientes de que esta última categoría no agota la complejidad de la corriente política a la que pretende designar, también estamos seguros de que es perfectamente capaz de configurar los rasgos comunes de todos los partidos, agrupaciones y plataformas políticas que la conformaron. En este sentido, pensamos que su conveniencia heurística no ha sido adecuadamente percibida por sus críticos. Tal vez, la génesis de estas reticencias tenga que ver con cierto descuido o cierta desconsideración hacia los problemas teóricos.

En efecto, la caracterización de esta polémica terminológica deja entrever algunas inconsistencias al respecto. La más notable es la que tiene que ver con la confusión entre la «referencia» y el «sentido» de los distintos usos del concepto de prosovietismo (FREGE, 1984). Aunque es cierto que en el plano de la práctica esta noción está preñada de una carga ideológica elevada y, en muchas ocasiones (no siempre), peyorativa, no hay ninguna razón para suponer que en el plano de la descripción el término siga conservando esos significados. En ambos casos la «referencia» es la misma, a saber: adhesión a la Unión Soviética y al campo socialista. Sin embargo, el «sentido» no lo es, ya que la aplicación científica

³² Entendemos por naturalista aquella perspectiva que aborda el análisis histórico sin la mediación de herramientas heurísticas englobadas en un marco teórico coherente y bien definido.

del término no le asigna el valor moral que suele atribuírsele en los entornos «emic». Desde este punto de vista, el principal argumento que se ha esgrimido para justificar la necesidad de introducir el concepto de ortodoxia en el estudio de los prosoviéticos³³ quedaría desactivado, reforzando el consenso de quienes optamos por resaltar la conexión política de aquellos comunistas con la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, que es el aspecto principal de la cuestión.

Además, en los niveles lógico, ontológico y metodológico el concepto de ortodoxia genera algunas inconsistencias y multitud de puntos ciegos que, a nuestro juicio, giran principalmente en torno a tres ejes temáticos, a saber: el doctrinal, el cultural-político y el identitario.

Como decíamos al comenzar nuestra reflexión, el término de ortodoxia hace referencia a la dogmatización de una doctrina. En este sentido, no podríamos considerar como ortodoxos a quienes estructuraron su canon ideológico a partir de un corpus de textos que revisaba una parte fundamental de la aquella dogmatización del marxismo-leninismo. En el caso de los comunistas prosoviéticos, esta contradicción conceptual es extraordinariamente notable ya que, como hemos demostrado, la mayor parte de los grupos políticos pertenecientes a esta corriente construyeron sus líneas políticas en el interior del paradigma inaugurado por Jruschov, a todas luces el “asesino” simbólico (y en cierta parte político) de José Stalin.

En el plano cultural-político, la ausencia de perspectiva comparativa y de una clasificación taxonómica impide, por una parte, vislumbrar adecuadamente las similitudes entre los patrones culturales «ortodoxos» y los patrones culturales del PCE. Desde este punto de vista, sería muy difícil justificar por qué, más allá de su adscripción partidaria, Ignacio Gallego o Enrique Líster participaron de una cultura política ortodoxa y otros comunistas de su generación como Francisco Romero Marín (e incluso algunos anteriores como Pasionaria) no lo hicieron. Por otra parte, el concepto de ortodoxia tampoco facilita el establecimiento de diferencias entre los propios miembros de las disidencias prosoviéticas. A este respecto, cabría preguntarse por qué dirigentes con un *background* ideológico tan ecléctico como Carlos Tuya, que llegó incluso a inspirarse en Trotsky para construir sus análisis³⁴, deben ser catalogados como comunistas ortodoxos.

Por último, la reducción del fenómeno disidente a una mera cuestión de identidad nos parece especialmente problemática. En primer lugar porque, como hemos venido señalando, el concepto de identidad es un concepto oscuro, la mayoría de las veces incapaz de ofrecer información de calidad sobre el objeto de estudio al que le es aplicado. En el plano particular de nuestra crítica, hay que repetir que ninguna de sus dos versiones (la dura y la blanda) es consistente con el postulado de la ortodoxia.³⁵ Por otra parte, la documentación disponible prueba que el prosovietismo español no es una disidencia basada fundamentalmente en la identidad. En otras palabras, las diferentes fuerzas pertenecientes a este espectro político no se conformaron al calor de una integridad política solemne,

33 De nuevo, que el concepto de prosovietismo es «esquemático y deformante» (ABAD, 2022: 66).

34 Entrevista de Víctor Peña con Carlos Delgado González, Madrid, 14-03-2017 y 4-06-2017.

35 Véase la nota 22.

imperturbable e irreductible. Como ha demostrado Gregorio Morán, el mundo de la política tiene al menos un componente de miseria. En este sentido, en la historia de los grupos políticos que nos atañen, como en tantos otros ejemplos de nuestra historia política, el componente intestino y la lucha por el poder siempre juegan un papel preponderante; en consecuencia, la justificación ideológica y el recurso a la tradición identitaria tendrían un carácter subsidiario.

Para concluir, nos gustaría señalar que la polémica terminológica analizada no forma parte de una «discusión bizantina». Como hemos sugerido, el concepto de ortodoxia puede resultar de utilidad para analizar determinados rasgos de la idiosincrasia político-cultural e ideológica de determinadas fuerzas políticas. Sin embargo, la clave es utilizar esta y otras categorías en un sentido holista, situando adecuadamente a las partes en el contexto social, histórico, político y cultural que conforma el todo, estableciendo comparaciones, procurando apresar las diferentes ondas de los fenómenos sociales y, por decirlo en términos un tanto sentenciosos, anteponiendo la objetividad a los simulacros posmodernos. Lo contrario implicaría caer, como apuntaba Eric Hobsbawm, en la peligrosa trampa del anti-universalismo:

Ese anti-universalismo seduce naturalmente a la historia de los grupos identitarios en sus diferentes formas, para la cual, el objeto esencial de la historia no es lo que ocurrió, sino en qué afecta eso que ocurrió a los miembros de un grupo particular. De manera general, lo que cuenta para ese tipo de historia no es la explicación racional sino la «significación» (HOBSBAWM, 2005: 4).

Toda vez que en los estudios sobre comunismo la etapa de recuperación documental y de análisis empírico ha logrado avanzar con éxito durante los últimos años, ahora «procede mejorar la calidad de las preguntas, diversificando y haciendo más complejos los enfoques» (PÉREZ, 2022: 819). Sin duda, esta tarea pasa por el debate, la sana polémica, la reflexión teórica y la clarificación conceptual. A estos ingredientes nos encomendamos en nuestra búsqueda de los fundamentos de esa utopía frustrada y necesaria que fue el experimento comunista.

7. REFERENCIAS

- ABAD GARCÍA, Eduardo (2019): «El otoño de Praga. Checoslovaquia y la disidencia ortodoxa en el comunismo español (1968-1989)», *Historia Contemporánea*, 61: 971-1.003.
- ABAD GARCÍA, Eduardo (2022a): *A contracorriente. Las disidencias ortodoxas en el comunismo español (1968-1989)*, Publicacions de la Universitat de València, Valencia.
- ABAD GARCÍA, Eduardo (2022b): «Vecinos y camaradas: Portugal en el imaginario colectivo del leninismo español», *Ayer*, 125: 267-294.
- AFANÁSIEV, Víctor (1975): *Manual de filosofía*, Cartago, Buenos Aires.
- ALBA, Víctor (1973): *El marxismo en España (1919-1939)*. *Historia del BOC y del*

- POUM, B. Costa-Amic, México D.F.
- ANDRADE BLANCO, Juan (2012): *El PCE y el PSOE en (la) transición. La evolución ideológica de la izquierda durante el proceso de cambio político, Siglo XXI*, Madrid.
- ANDREW, Christopher; MITROKHIN, Vasili (1999): *The Mitrokhin Archive. The KGB in Europe and the West*, Allen Lane The Penguin Press, London.
- ANGOLD, Michael (1995): *Iglesia y sociedad en Bizancio bajo el Comneni, 1081-1261*, Cambridge University Press, Cambridge.
- AZCÁRATE, Manuel (1982): *Crisis del eurocomunismo*, Argos Vergara, Cerdanyola.
- BARÓ i QUERALT, Xavier (2019): «El marxismo-leninismo en el aula (I): de los orígenes hasta la muerte de Stalin (1953)», *Temps d'Educació*, 57: 241-256.
- BARÓ i QUERALT, Xavier (2020): «El marxismo-leninismo en el aula (II): la arterioesclerosis ideológica, de Jruschov a Gorbachov (1954-1990)», *Temps d'Educació*, 59: 173-191.
- BECK, Hans-Georg (1981): *Il millennio bizantino*, Salerno, Roma.
- BERGER, Peter (1974): "Modern Identity: Crisis and Continuity", en W. S. DILLON (ed.), *The Cultural Drama: Modern identities and Social Ferment*, Smithsonian Institution Press, Washington: 159-181.
- BERSTEIN, Serge (1992): «L'historien et la culture politique», *Vingtième Siècle. Revue d'histoire*, 35: 67-77.
- BOLLOTEN, Burnett (2015) [1961]: *La guerra civil española. Revolución y Contrarrevolución*, Alianza, Madrid.
- BORDETAS, Iván; SÁNCHEZ, Anna (2019): *L'antifranquisme oblidat. De la dissidència cristiana al comunisme revolucionari (1953-1972)*, Base, Barcelona.
- BROUÉ, Pierre (2008): *Comunistas contra Stalin. Masacre de una generación*, SEPHA, Málaga.
- BRUBAKER, Roger; COOPER, Frederik (2000): «Beyond "Identity"», *Theory and Society*, 29/1: 1-47.
- BUENO, Gustavo (2004): *El mito de la cultura*, Prensa Ibérica, Barcelona.
- BUENO, Manuel; GÁLVEZ, Sergio (2005): «Un paso más en el proceso de "normalización historiográfica" de la historia del PCE», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 27: 317-322.
- BUENO, Manuel; GÁLVEZ, Sergio (eds.) (2010): «Nosotros los comunistas». *Memoria, identidad e historia social*, Fundación de Investigaciones Marxistas, Atrapasueños, Sevilla.
- CABRERA, Miguel Ángel (2010): «La investigación histórica y el concepto de cultura política», en M. PÉREZ; M. SIERRA (eds.), *Culturas políticas: teoría e historia*, Institución «Fernando el Católico», Diputación de Zaragoza, Zaragoza: 19-85.
- CAMERON, Averill (2014), *Byzantine Matters*, Princeton University Press, Princeton.
- CAMERON, Averill y HOYLAND, Robert (eds.) (2011): *Doctrine and Debate in Eastern Christianity, 300-1500*, Ashgate, Farnham.
- CARRILLO, Santiago (1975): *Mañana España. Conversaciones con Régis Debray y Max Gallo*, Colección Ebro, París.
- CLAUDÍN, Fernando (1970): "La crisis del Partido Comunista de España. El conflicto con el PCUS y la escisión del partido", *Cuadernos de Ruedo Ibérico*, 26-27: 51-82.
- COSSUTTA, Armando (1982): *Lo strappo. USA, URSS, movimento operaio di fronte alla*

- crisi internazionale*, Arnaldo Mondadori, Milán.
- DÍAZ MACÍAS, Ernesto (2021): *Los últimos chinos: historia del Partido del Trabajo de España (PTE) (1967-1980)*, Dykinson, Madrid.
- DÍAZ MACÍAS, Ernesto (2022): *El Movimiento Comunista (MC). Historia de un partido, (1964-1991)*, Los Libros de la Catarata, Madrid.
- DÍAZ DE RADA, Ángel (2012): *Cultura, antropología y otras tonterías*, Tecnos, Barcelona.
- DÍAZ DE RADA, Ángel (2019): *Discursos del etnos. Una etnografía incompleta sobre procesos étnicos e etnopolíticos en el Ártico Europeo*, disponible en: <http://e-spacio.uned.es/fez/eserv/bibliuned:EditorialUNED-aa-ANTR-0101075CT01L01/n0101075CT01L01_Ethnos.pdf> [Consulta: 6-07-2022].
- ELORZA, Antonio; BIZCARRONDO, Marta (1999): *Queridos camaradas. La Internacional Comunista y España, 1919-1939*, Planeta, Barcelona.
- ERICE, Francisco (2002): «Tras el derrumbe del Muro: un balance de los estudios sobre comunismo en España», *Ayer*, 48: 315-329.
- ERICE Sebares, Francisco (dir.) (2022): *Un siglo de comunismo en España II. Presencia social y experiencias militantes*, Akal, Madrid.
- FABREGAT, Amadeu (1978): *Converses extraparlamentàries*, Eliseu Climent, Valencia.
- FERNÁNDEZ RINCÓN, Javier (2021): *Maoístas en Euskadi: la Agrupación de Trabajadores Marxistas-Leninistas de Euskadi*, Cisma, Madrid.
- FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, Carlos (2020): *Los otros camaradas. El PCE en los orígenes del franquismo (1939-1945)*, Prensas Universitarias de Zaragoza, Zaragoza.
- FIORI, Giuseppe (2004): *Vita di Enrico Berlinguer*, Laterza, Bari.
- FORMISANO, Ronald P. (2001): «The Concept of Political Culture», *Journal of Interdisciplinary History*, 31, 3: 393-426.
- FREGE, Gottlob (1984): «Sobre sentido y referencia», en *Estudios sobre semántica*, Orbis, Barcelona: 6-86.
- GINARD i FÉRON, David (2007): «La investigación histórica sobre el PCE: desde sus inicios a la normalización historiográfica», en M. BUENO, J. R. HINOJOSA y C. GARCÍA (coords.), *Historia del PCE: I Congreso, 1920-1977*, vol. I, Fundación de Investigaciones Marxistas, Barcelona: 19-48.
- GINARD i FÉRON, David (2021): «Tendencias recientes en la historiografía española sobre el comunismo (2001-2020)», *Nuestra Historia*, 11: 113-132.
- GONZÁLEZ DE ANDRÉS, Enrique (2017): *¿Reforma o ruptura? Una aproximación crítica a las políticas del Partido Comunista de España entre 1973 y 1977. Programa, discurso y acción sociopolítica*, El Viejo Topo, Barcelona.
- GRAMSCI, Antonio (1981): *Cuadernos de la cárcel*, tomo II, Ediciones Era, México D.F.
- HERNÁNDEZ SÁNCHEZ, Fernando (2015): *Los años de plomo: la reconstrucción del PCE bajo el primer franquismo (1939-1953)*, Crítica, Barcelona.
- HERNÁNDEZ SÁNCHEZ, Fernando (2018): *La frontera salvaje: un frente sombrío del combate contra Franco (1944-1950)*, Pasado y Presente, Barcelona.
- HERNÁNDEZ SÁNCHEZ, Fernando (2022): *El torbellino rojo. Auge y caída del Partido Comunista de España*, Pasado y Presente, Barcelona.
- HOBBSAWM, Eric (2005): «El desafío de la razón. Manifiesto para la renovación de la historia», *Polis*, 11: 1-9.
- KUUSINEN, Otto (1964): *Fundamentos de marxismo-leninismo*, Progreso, Moscú.

- LEWIN, Moshe (2017): *El siglo soviético*, Crítica, Barcelona.
- LIDÓN, Manuel (2007): *Carta abierta al PCPE*, disponible en: <<https://rebellion.org/carta-abierta-al-pcpe/>> [Consulta: 6-07-2022].
- MILLARES CANTERO, Sergio (1994): *Fernando Sagaseta. La vida de un luchador irremediable*, Prensa Canaria, Las Palmas de Gran Canaria.
- MINGJIANG, Li (2012): *Mao's China and the Sino-Soviet Split. Ideological dilemma*, Routledge, Nueva York.
- MOLINERO, Carme; YSÀS, Pere (2017): *De la hegemonía a la autodestrucción. El Partido Comunista de España (1956-1982)*, Crítica, Barcelona.
- MORÁN, Gregorio (2017): *Miseria, grandeza y agonía del PCE*, Akal, Madrid.
- PAGÉS, Pelai (2021): *La historia truncada del Partido Comunista de España. Desde su fundación hasta la consolidación del estalinismo*, Libros Corrientes, Madrid.
- PALA, Giaime (2007): «El PSUC y la crisis de Checoslovaquia», en M. BUENO; J. HINOJOSA; C. GARCÍA (coords.), *Historia del PCE: I Congreso, 1920-1977*, Fundación de Investigaciones Marxistas, Madrid: 301-312.
- PALA, Giaime y NENCIONI, Tommaso (2008): «La nueva orientación de 1968. El PCE-PSUC ante la Primavera de Praga», en G. PALA y T. NENCIONI (coords.), *El inicio del fin del mito soviético. Los comunistas occidentales ante la Primavera de Praga*, El Viejo Topo, Barcelona: 139-201.
- PEÑA GONZÁLEZ, Víctor (2018): «Los partidos prosoviéticos ante la transición. El ejemplo de la OPI-PCT», en *Las otras protagonistas de la transición. Izquierda radical y movilizaciones sociales*, Brumaria, Madrid: 1.035-1.044.
- PEÑA GONZÁLEZ, Víctor (2020a): «“Por la República Democrática!” Los prosoviéticos españoles en la Transición española», en A. S. FERREIRA y J. MADEIRA (coords.), *As esquerdas radicais ibéricas entre a ditadura e a democracia. Percursos cruzados*, Colibri, Lisboa: 57-68.
- PEÑA GONZÁLEZ, Víctor (2020b): «El movimiento de Células Comunistas y la recuperación del PC, 1974-1984», *Investigaciones Históricas*, 40: 733-762.
- PEÑA y GONZALO, Lorenzo (2011): ¡Abajo la oligarquía! ¡Muera el imperialismo yanqui! Anhelos y decepciones de un antifascista revolucionario, Muñoz Moya, Sevilla.
- PÉREZ SERRANO, Julio (2013): «Orto y ocaso de la izquierda revolucionaria en España (1959-1994)», en R. QUIROSA-CHEYROUZE (coord.), *Los partidos en la Transición: las organizaciones políticas en la construcción de la democracia española*, Biblioteca Nueva, Madrid: 249-291.
- PÉREZ SERRANO, Julio (2015): «Estrategias de la izquierda radical en el segundo franquismo y la Transición (1956-1982)», en M.-C. CHAPUT y J. PÉREZ (coords.), *La transición española: Nuevos enfoques para un viejo debate*, Biblioteca Nueva, Madrid: 95-125.
- PÉREZ SERRANO, Julio (2021): «La revolución en ciclostil: propaganda “marxista-leninista” en España (1963-1992)», en M. EIROA (coord.), *La Transición en directo: narrativas digitales de una historia reciente*, Síntesis, Madrid: 197-217.
- PÉREZ SERRANO, Julio (2022): «Consejistas, trotkistas y maoístas: disidencias comunistas en España durante la Guerra Fría», en F. ERICE (dir.) (2022): *Un siglo de comunismo en España II. Presencia social y experiencias militantes*, Akal,

Madrid: 787-819.

- PRESTON, Paul (2015): *El zorro rojo. La vida de Santiago Carrillo*, Debolsillo, Barcelona
- RICOEUR, Paul (1974): «Ciencia e ideología», *CONVIVIUM*, 43: 3-26.
- RIVA, Valerio (2002): *Oro da Mosca. I finanziamenti sovietici al PCI dalla rivoluzione d'ottobre al crollo dell'URSS*, Mondadori, Milán.
- RODRÍGUEZ LÓPEZ, Emmanuel (2015): *Por qué fracasó la democracia en España. La Transición y el régimen del 78*, Traficantes de Sueños, Madrid.
- RUEDA LAFFOND, José Carlos (2018): *Memoria roja. Una historia cultural de la memoria comunista en España, 1931-1977*, Institució Alfons el Magnànim, Publicacions de la Universitat de València, Valencia.
- SACRISTÁN, Manuel (1972): «Sobre el "Marxismo ortodoxo" de Gyorgy Lukács», *Realidad*, 24, diciembre de 1972: 8-13.
- SALA, Antonio; DURÁN, Eduardo (1974): *Crítica de la izquierda autoritaria en Cataluña. 1967-1974*, Ruedo Ibérico, París.
- SAZ, Ismael (2008): «La historia de las culturas políticas en España (y el extraño caso del nacionalismo español)», en B. PELLISTRANDI y J.F. SIRINELLI (eds.): *L'histoire culturelle en France et en Espagne*, Casa Velázquez, Madrid: 215-234.
- SEMPRÚN MAURA, Jorge (1995): *Autobiografía de Federico Sánchez*, Planeta, Barcelona.
- SIRINELLI, Jean-François (1999): «Elogio de lo complejo», en J. P. RIOUX y J.F. SIRINELLI (eds.), *Para una historia cultural*, Taurus, México: 457-467.
- STEPANKOW, Valentín (1992): *Das Kreml-Komplott. Putschisten, Drahtzieher, Hintermänner*, C. Bertelsmann, München.
- TERRÉS, Jordi (2007): «La izquierda radical española y los modelos del Este: el referente albanés en la lucha antifranquista. El caso del PCE (m-l)», *Ayer*, 67, 3: 159-176.
- TREGLIA, Emanuele (2012): *Fuera de las catacumbas. La política del PCE y el movimiento obrero*, Eneida, Madrid.
- TUYA [DELGADO GONZÁLEZ], Carlos (1977): *Aspectos fundamentales de la revolución española*, Partido Comunista de los Trabajadores, Euskal Komunistak, Madrid.
- VALENTINI, Chiara (2014): *Enrico Berlinguer*, Feltrinelli, Milano.
- VEGA, Peru; ERROTETA, Pere (1982): *Los herejes del PCE*, Planeta, Barcelona.
- WILHELMI, Gonzalo (2016): *Romper el consenso. La izquierda radical en la Transición española (1975-1982)*, Siglo XXI, Madrid.
- WILLIAMS, Raymond (2000): *Palabras clave. Un vocabulario de la cultura y la sociedad*, Nueva Visión, Buenos Aires.

